

Retos y perspectivas de las ciencias sociales en el envejecimiento y la vejez: hacia la construcción y comprensión de la cultura de la vejez plena y feliz

Felipe R. Vázquez Palacios*

Resumen

Este trabajo tiene la finalidad de mostrar cuáles son algunas de las inflexiones más importantes que, a través de la cultura y los procesos sociales, se pueden observar en la vejez y el envejecimiento en cuanto a las inquietudes, retos y desafíos. Se concibe pues cultura como un “todo” que trasciende al hombre y lo comprende holísticamente, y que abarca desde el sistema de creencias, hasta el sistema tecnológico, pasando por los conocimientos, costumbres, saberes, leyes, y todas las capacidades y hábitos adquiridos (Tylor, E., 1871) que le permiten al ser humano vivir en sociedad, confiriéndole sentido a la vida. Se sostiene aquí que la vejez y el envejecimiento se visten de acuerdo a los patrones de envejecimiento de cada cultura. Es en ella, a través del tiempo, donde se funde la realidad tal como es experimentada, percibida y construida socialmente.

El trabajo, en este sentido, se ciñe a abordar algunos de los retos que como analistas sociales tenemos que tomar para la construcción de una cultura de la vejez plena y feliz. Si bien el artículo está basado en mi experiencia de campo tanto rural como urbana en el centro de Veracruz, es posible hacer inferencias para el resto del país y Latinoamérica, dado que la globalización atraviesa los sectores envejecidos pese a sus diferencias culturales y regionales específicas.

Abstract

In this paper I propose to reflect through culture and social processes, concerns, issues and challenges of old age and aging. I conceive culture as a ‘whole’ that transcends man and understands holistically, and ranging from the belief system, to the technological system, through knowledge, customs, knowledge, laws, and all the capabilities and habits acquired (Tylor, E., 1871) that allow the human being to live in society, giving meaning to life. I argue that old age and aging are dressed according to the aging patterns of each culture. It is in it over time, where reality melts as it is experienced and perceived socially constructed.

Work in this sense is limited to addressing some of the challenges and social analysts have to take to build a culture of a happy and fulfilled old age. Although the work is based on my field experience in both rural and urban central Veracruz, it is possible to make inferences for the rest of the country and Latin America because globalization through the aging sectors despite their specific cultural and regional differences.

* Ph.D., LCSW, Associate Professor, UTPA Social Work Department, e-mail: noermz@utpa.edu

Palabras claves / Keywords:

Cultura, vejez, envejecimiento, retos/Culture, age, aging, challenges.

El verdadero viaje del descubrimiento no consiste en buscar nuevos caminos, sino en entender con nuevos ojos.
Marcel Proust

Un primer reto: antropologizar la vejez y el envejecimiento

Pese a que, desde sus inicios y mediante acercamientos etnográficos, la antropología había trabajado con ancianos/nas a los que consideraba informantes privilegiados, muy poco los había focalizado como objetos centrales de investigación. No obstante, se generaron reflexiones sobre la vejez las cuales podemos entresacar de etnografías clásicas como las de Lewis Henry Morgan (1907), James George Frazer (1890), Arnold Van Gennep (1909), Franz Boas (1964), en particular cuando analizan los ritos de paso de ciertos grupos nativos y su rol estructurador en distintas sociedades. Asimismo, podemos encontrar en México los trabajos de Rosa Lombardo (1944), Antonio Caso (1976), Francisco Córdoba (1975), San Román (1989), Felipe Vázquez (2001), Laureano Reyes (2002), por citar algunos, donde no solo se muestran las actividades económicas que realizaban los ancianos, sino el papel que tenían como generadores de identidad y cohesión social y religiosa, así como sus diversas pautas culturales y perspectivas de vida.

Actualmente, las ciencias sociales sostienen que en la sociedad moderna las pautas sociales con respecto a la vejez son cada vez más flexibles, rechazando la idea de que la vejez es diferente a las demás edades (Thompson, P., C., Itzin y M. Abendstern, 1991; Villasana, S. y L. Reyes, 2009). Así lo demuestran también otros estudios que aportan nuevas aproximaciones a la vejez que se alejan de miradas homogeneizantes, negativas y pasivas del envejecimiento.

La observación y la vivencia que los antropólogos mantenemos y percibimos junto con “otros” miembros de la sociedad sobre esta última etapa de la vida (Vázquez, F., 2012a) nos han permitido generar explicaciones dentro de modelos propios de vejez, abriendo el espacio para tomar en cuenta la autopercepción dentro de matrices culturales desde las cuales consideramos que se forja el principio rector que regula las características y elementos que, a lo largo de la vida, se han requerido para la supervivencia, con historias análogas, contextos y especificidades.

Lo anterior ha generado debates, especialmente ante lógicas y funcionamientos rígidos con las instituciones avocadas al cuidado y atención de las personas añosas, donde, por cierto, poco hemos incidido debido en gran parte al dominio de un pensamiento forjado en el modelo biomédico y demográfico que se resiste a comprender, en la mayoría de los casos, que el problema de la vejez y el envejecimiento no es solo un problema demográfico y de salud, sino esencialmente un problema social y cultural (Vázquez, F., 1999).

Tomando en consideración lo anterior, quisiera desprender un primer reto: necesitamos antropologizar la vejez y el envejecimiento, lo cual no implica que todos nos volvamos antropólogos, sino el extender la mirada de estos fenómenos por medio de la cultura, desarrollando una significación particular, así como una narrativa social y señalando el momento histórico. En otras palabras, se trata de comprender cómo se ven, viven, piensan y actúan los sectores envejecidos en el mundo, atrapar sus perspectivas sobre su futuro y el más allá, poniendo en el mismo nivel tanto las satisfacciones culturales y sociales, como las económicas y de salud.

Antropologizar la vejez y el envejecimiento significa criticar y cuestionar lo impuesto como algo normalizado, visibilizando las distintas formas de entenderlos, las cuales, desde su subalternidad, reclaman respeto y autonomía. Desde este contexto, lograremos dotarnos y dotarlos de nuevos significados y herramientas para desmitificar los estereotipos, así como nuevas formas de accionar y plantear diferentes hipótesis de trabajo dentro de realidades múltiples y cambiantes.

Con ello se dará un sentido renovado a nuevas líneas de investigación e ignoradas aristas que permitirán dejar atrás la visión de sujetos pasivos, es decir: pasar de pacientes a clientes, de informantes a colaboradores. Es dejar de verlos como personas que necesitan activarse, entretenerse, protegerse, acciones que exigen planear costos, gastos, atención y cuidado con muy pocos recursos. R. Gutiérrez y E. Caro (2012) afirman que si al envejecer no deviniésemos sujetos dependientes, la vejez no sería un tema relevante. En nuestro país comienzan a emerger los datos que le dan visibilidad a este nuevo gran reto. En apariencia, los adultos mayores en situación de total dependencia son poco numerosos —alrededor de cinco por ciento, según datos de la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición 2012 (Instituto Nacional de Salud Pública, 2012)—, pero un indicador permite ver cómo en 2011 este rubro alcanzó 20.5 por ciento, valor equiparable al de todo el gasto ejercido en atención hospitalaria. Este indicador corresponde a la inversión hecha por las familias en el cuidado de sus miembros enfermos y dependientes, cuya gran mayoría —más de 50 por ciento— son adultos mayores.

Hasta ahora, la cultura del desarrollo ha sido la fuente política ideológica y epistemológica desde donde se han reproducido los modelos de envejecimiento y vejez que se han seguido, los cuales han reproducido la idea de que envejecimiento y vejez son problemas, cargas económicas, achaques, fealdad e ineficiencia, donde la población envejecida vive sin esperanza, ya que su vida está en constante riesgo, sin futuro, asumiendo un estado de inferioridad difícil de superar dentro de una cultura del miedo, pobreza, enfermedad, que solo ocurre a los más vulnerables e inferiores (De Sosa, B., 2012).

Antropologizar la vejez y el envejecimiento implica concentrarnos en la experiencia donde la vida es el origen, centro y fin de todo pensar y actuar humano, y no el bienestar o el desarrollo como lo han impuesto los modelos que hemos seguido, donde se ha tratado de domesticar los estilos de vida, creando mentes dóciles y cuerpos disciplinados, con imaginarios que reproducen cómo alcanzar una vejez “activa” y “exitosa” y que, como hemos visto, no son tan idóneos para resolver las necesidades de la mayoría de las personas envejecidas. Según el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (Coneval), 3.5 millones de personas mayores de 65 años en México se encontraban en pobreza; de ellas, 800 mil vivían en pobreza extrema. En Veracruz, por ejemplo, la pobreza sigue en aumento en el periodo que va de 2008 a 2012: el número de pobres incrementó en 269 mil personas, ocupando dicho estado el tercer lugar entre los más empobrecidos. En cuanto a la seguridad social, 68.5 por ciento no tiene acceso a pensión, Afore, jubilación, prestaciones laborales, servicios médicos, ocupando el noveno lugar entre los estados con peor situación. El 56 por ciento de la población envejecida en el estado tiene ingresos insuficientes, catalogados como ingresos inferiores a la línea del bienestar. En 2013, el programa de Setenta y Más benefició solo a 33.4 por ciento de la población total en Veracruz (Diario de Jalapa, 2013). A nivel nacional, con respecto a los derechos sociales se observaron rezagos importantes en esta población anciana en varios aspectos. Por ejemplo, en el educativo hay un rezago de 66.2 por ciento; en la carencia por acceso a los servicios de salud es de 26.6 por ciento; en el acceso a los servicios de seguridad social es de 28.8 por ciento; en calidad y el espacio sus viviendas es de 10.4 por ciento; la carencia por acceso alimentación es de 21.4 por ciento. También se reportó que 19.2 por ciento de este grupo etario tuvo un ingreso inferior a la línea del bienestar mínimo. En este sentido, el modo de ser viejo, así como el sentir, pensar y hacer, producir y consumir, los ha hecho más vulnerables, y lo que deseamos es justamente lo contrario, que se encaminen al empoderamiento donde tengan la posibilidad de procurarse identidad y sentido a su vida, donde sean los agentes de su propio destino. En este sentido, valdría la pena preguntarnos si realmente lo que nuestros ancianos desean es una vejez “activa” o “exitosa”, como hasta ahora se ha pretendido, o el llegar a una vejez plena y feliz. Cito:

Mire, usted, yo creo que eso de ser viejo exitoso, es una jalada. Nosotros los viejos ya no pensamos en éxitos, ni en andar de aquí para allá, ni tampoco nos interesa lo que significa ser viejos, eso para mí no tiene importancia. Lo que queremos es estar felices, que nuestros hijos vivan tranquilos. Para los viejos como yo, vejez significa poder soñar y llorar al mismo tiempo.

(Isaías Hernández, 83 años, Emiliano Zapata, centro de Veracruz)

Si la cita anterior es el verdadero deseo de nuestros ancianos y ancianas, hay que pensar qué giros paradigmáticos deberíamos hacer para contribuir a la felicidad de estas personas. Desde nuestra visión antropológica, los giros deben de ser aquellos que permitan construir experiencias y saberes en interacción con su contexto, que los hagan ver sus necesidades de manera integral. Para ello, propongo la construcción de la “cultura de la vejez plena y feliz”, donde intentemos dejar de reproducir la desigualdad, el egoísmo, la vulnerabilidad, la pobreza, la injusticia; buscando una cultura donde se cultiven la igualdad, la cooperación, la solidaridad, la creatividad; donde se siembre esperanza, se cultive y priorice “la cultura del cuidado con el otro” y no solamente la del autocuidado; donde lo más importante no sea el tener sino el ser; donde se evolucione de los programas para los ancianos y ancianas a los programas y proyectos de vida con las personas envejecidas; donde no solo lo material sea lo que importe, sino también lo espiritual, apartándonos por un momento de la razón para que broten la emoción y el amor y, de esta manera, pueda surgir la con/vivencia. En pocas palabras, esta cultura de la vejez se propone que el fin no sea el anciano exitoso, sino el anciano pleno y feliz.

Los programas de gobierno solo nos ven como papas calientes, como unas sanguijuelas, como cucarachas fumigadas; no quieren darse cuenta [de] que somos autores de nuestra propia historia.

(Rafael Morales, 79 años, Emiliano Zapata, centro de Veracruz)

En esta propuesta hacia una “cultura de la vejez plena y feliz” se requiere que abandonemos la construcción de “alternativas al desarrollo”, pues ya vimos que estas no tienen solución para este grupo etario; además, se requiere dejar de concebir la competitividad en el trabajo y pensar en el trabajo cooperativo, es decir, desatender el individualismo y atender a la solidaridad.

La construcción de esta cultura de la “vejez plena y feliz” debe ser contextual, interactiva y ética. En ella se debe asumir que los añosos nunca fueron, ni son, ni serán, ni “exitosos”, ni “dependientes”; sino que fueron, son y serán “diferentes”. En este contexto, la investigación antropológica debe partir ya no solo de una consecuencia biológica o demográfica, sino principalmente de una perspectiva experiencial y cultural de la vida cotidiana, donde los añosos dan significado y significante a su vejez desde una visión biográfica centrada en su matriz cultural, desde donde se proveen de una percepción espacio-

temporal, la cual no comienza en el pasado y se extiende evolutivamente hacia el futuro, sino que es un constante retorno, la construcción del pasado sobre el presente y del presente desde el pasado, y prediciendo un futuro por cierto cada vez más largo y riesgoso, donde hay una necesidad constante de construcción y reconstrucción de la identidad y del tiempo que queda por vivir.

De esta manera, el envejecimiento y la vejez no son realidades cronológicas, ni tampoco adaptaciones a una nueva etapa de la vida, sino básicamente realidades fuertemente ligadas a experiencias en el paso del tiempo, realidades sociales dinámicas que están influenciadas fuertemente por cambios sociales. Al concebir de esta manera la vejez y el envejecimiento, veremos que las “historias que los adultos mayores nos cuentan” no son solo “cuentos”, sino dinámicas sociales que dibujan una situación específica que tienen una relación directa con la realidad económica, política, social y cultural.

Un segundo reto: etnografiar las experiencias, vivencias y expectativas de los sectores envejecidos

Los cambios socioculturales que se experimentan a partir de la segunda mitad del siglo xx con la migración, la urbanización, la industrialización y la modernización, entre otros, son tan vertiginosos que constantemente están transformando el hábitat, las formas de organización, los sistemas de valores y las prácticas cotidianas donde viven los sectores envejecidos, trastocando inevitablemente sus relaciones con el entorno social, religioso, cotidiano y familiar. Ante ello, las ciencias sociales no pueden permanecer indiferentes. Por lo que de aquí quisiera desprender el siguiente reto: la necesidad ineludible que tenemos los científicos sociales de etnografiar las experiencias, vivencias y expectativas que están marcando la vejez, con la finalidad de poder delinear y fortalecer conjuntamente, dentro de los contextos específicos, el proceso de envejecimiento, sus retos y oportunidades. Porque es aquí donde podemos generar ideas, desarrollarlas y ponerlas en práctica; donde podemos construir el modelo de la vejez plena y feliz y evaluarlo en cada uno de los contextos específicos. Solo así se podrá tener incidencia en las prácticas y en las conciencias individuales de las necesidades concretas, como en las estrategias que se organicen en función de las condiciones generales de los sectores envejecidos.

En consecuencia, una tarea urgente que se nos plantea como analistas sociales es la de testimoniar lo que quizás sea el último reducto generacional de ancianos/ancianas que vivieron procesos como la revolución, las luchas agrarias; el ser hablantes de lenguas vernáculas; el saber mitos, costumbres, ritos, ceremonias y leyendas, tanto de origen indígena como mestizo; el conocimiento y uso de plantas medicinales; el haber experimentado el milagro mexicano y la construcción de grandes obras de infraestructura

como la introducción de la red de agua potable, la luz eléctrica, la apertura de carreteras, el transporte, como también nuevas enfermedades como el sida, entre otros procesos. Desde luego, es muy importante testimoniar cuestiones acerca de qué han significado transformaciones como: el cambio del arado por el tractor; la llegada de la radio y la televisión; el arribo de los teléfonos celulares, la internet y las socorridas redes sociales, así como otras diversas tecnologías con los cuales están conviviendo actualmente. ¿Qué ha significado esto en su visión generacional y pautas culturales? ¿Se han apropiado de la tecnología? ¿La están poniendo al servicio de sus necesidades?

En fin, lo que quiero formular, en este segundo reto, es la necesidad de construir etnografías que nos ayuden a analizar las transformaciones que han vivido estos sectores envejecidos y el impacto cultural que ha significado para estas personas en su búsqueda por encontrar significados y significantes que den sentido a la vida.

Otra cuestión que tenemos que documentar urgentemente es cómo están actuando los adultos mayores ante los cambios climáticos.

¿Cómo interpretan la variabilidad climática? ¿Qué significado y explicaciones le están dando? ¿Qué acciones creen ellos conveniente emprender? ¿Cómo visualizan el futuro con base en la evidente destrucción de su fauna y flora, con los cambios de cultivos y los efectos tanto de aumento de calor, como de frío e inundaciones cada vez más frecuentes en sus localidades? ¿Qué efectos han tenido la urbanización y el desarrollo en la organización de sus estilos de vida?

Y todo esto hay que ligarlo muy de la mano con el problema migratorio que sufren ante la falta de empleo en sus localidades de origen. Ahora bien, no basta con que nos quedemos en mostrar el lacerante efecto que ha provocado en las localidades el fenómeno migratorio, traducido en soledad, tristeza, atención y cuidado, sino desde la cultura trazar alternativas holísticas, otro gran desafío para las ciencias sociales. ¿Hasta dónde, con nuestros métodos, es posible lograr esto? ¿Hasta dónde, con nuestras técnicas, es posible acercarse a estos nuevos requerimientos que los fenómenos de cambio reclaman?

Indudablemente que esta tarea requiere abrirnos y aprender a trabajar en equipo y conjuntamente con otros campos del saber para dar respuestas más integrales. Para ello se tiene que echar mano de equipos multi, ínter e intradisciplinarios que nos permitan visualizar de la mejor manera posible todas las propuestas.

Pero ello nos plantea afinar nuestras herramientas, por lo que quizás necesitaremos deshacernos de las que tenemos y crear nuevas, vinculando

conocimientos, de donde surge el siguiente cuestionamiento: ¿cómo vamos a acoplar nuestras herramientas? ¿Qué nuevos conceptos debemos descubrir y redescubrir para hacer de nuestra ciencia social una más operacionalizable y eficaz para estos sectores envejecidos?

Como verán, estoy hablando de hacer una ciencia social que nos permita no solo recoger el testimonio de lo que han sido sus trayectorias de vida como personas añosas, e incrementar el repertorio de los diferentes tipos, formas y procesos de envejecer, sino en hacer inclusivos la vejez y el envejecimiento dentro de la sociedad, dando cuenta de las necesidades, en estas transformaciones, de las demandas pasadas y presentes de este sector.

En otras palabras, como científico social tengo la responsabilidad de etnografiar a los sectores envejecidos y contar su historia, explicando por qué carecen de voz e intentando ver el mundo a través de sus ojos, comprendiendo el mundo de la misma manera que ellos lo hacen, delineando conjuntamente proyectos específicos y alternativos, acordes con sus necesidades y demandas de cara a los procesos sociales y culturales que se viven en este país. Más concretamente, no solo siendo observador, especialista o analista del envejecimiento, sino como agente de cambio.

Un tercer reto: proyectarnos a pensar la vejez y el envejecimiento desde una nueva cultura

Sabemos, como analistas sociales, que la vejez y el envejecimiento en nuestras sociedades impulsarán profundos cambios y múltiples consecuencias, desde formas de pensar y ser, nuevas interacciones sociales, familiares, de género e intergeneracionales; como cambiantes percepciones, prácticas, cursos, ritmos, cuidados y estilos de vida, normas y expectativas sociales. Lo anterior nos debe llevar a plantearnos innumerables preguntas y aquí, como científico social —en lo personal como antropólogo—, los invito hacerlas desde la matriz sociocultural donde se acumulan y relaboran ordenadamente los sistemas de conocimientos, desde donde los individuos orientamos y co-construimos nuestra realidad. Es decir, desde donde creamos nuestra propia vejez, a través del conocimiento de nuestro cuerpo, de nuestra alma y de nuestros sentidos, con los cuales interpretamos, componemos e imaginamos nuestra propia historia.

Para ello debemos tener claro que la vejez y el envejecimiento se viven tanto de forma colectiva como individual, y que en el correr del tiempo van dejando marcas progresivas que de un momento a otro se harán visibles, y no solo en nuestro cuerpo, sino también en nuestras percepciones y relaciones sociales que co-construimos socialmente. Buenas o malas, estas marcas son el resultado de particulares estilos de vida socialmente definidos que interactúan y fluctúan en un tiempo histórico y en un lugar determinado.

En este sentido, requerimos proyectarnos a pensar la vejez y el envejecimiento desde una nueva cultura que implica redefinir el papel de la familia, de las instituciones y de la sociedad en su conjunto; que implica ir más allá de programas que solamente se preocupan por una neo-protección, promoviendo neo-asistencialismos, neo-beneficencias, entregando despensas, comidas, cobijas, dinero, atención médica, entretenimiento. Una cultura que implica dejar de ver solamente las carencias, para ver por encima de la satisfacción de las necesidades y el que estas sean las mismas para todos. En pocas palabras, no podemos quedarnos en la política pública que se centra solamente en la satisfacción de las necesidades económicas y médicas. Si bien hay que pensar en la necesidad de proveerlos de servicios médicos y apoyos económicos, estos no deben de estar por arriba, ni tampoco por debajo de las necesidades sociales, sino en un mismo nivel.

En la medida en que las instituciones vean a los sectores envejecidos como un conjunto de sujetos que tienen vida, voz, derechos, creencias, sentimientos, lograremos ir abriendo espacios para nuevas perspectivas de acción y de concepción de la vejez y el envejecimiento.

Desde la academia, así como desde los espacios institucionales, tenemos que hacer un esfuerzo por cambiar esa percepción de que el anciano o la anciana son personas que siempre están necesitando algo, que siempre están dependiendo; a los que siempre hay que apoyar y atender; a quienes se les tiene que decir lo que deben hacer, a quienes se les tiene que enseñar, dar, guiar.

Es vital reconocer la autonomía de estos sectores de la población, así como la oportunidad —como países tercermundistas— de estar por primera vez conviviendo con nuestros abuelos, bisabuelos y tatarabuelos. Como analistas sociales tenemos que darnos cuenta de que estamos en medio de un paraíso de experiencias que hay que rescatar y pensar en su incursión y en una participación más activa de los sujetos con los cuales estamos trabajando.

Para ello, nuestras proyecciones tienen que ser colectivas e individuales, pensadas no solo como profesionales, sino como individuos con sentido común que vivimos nuestro propio proceso de envejecimiento, pues al hacernos viejos y viejas aprehendemos no solo el ciclo de la vida y sus cambios, sino también sus significados y vamos tomando conciencia de lo que necesitamos preparar para nuestra vejez y muerte, en una sociedad que no nos muestra muchas expectativas favorables.

En este trabajo considero que el concepto de cultura es crucial para proyectar la experiencia de la vejez, porque la experiencia es estructurada a través de la cultura y es esta misma la que nos encamina a fortalecer los lazos

solidarios entre las generaciones e impulsar el empoderamiento e inclusión en la vida socioeconómica, política, familiar, cultural del país.

Para ello, es importantísimo la educación y no tanto la formal, sino la no escolarizada, la que se da en la familia, en la calle, en el trabajo, que potencie no solo actividades productivas, de salud, culturales, sociales, recreativas, derechos, respeto, sino fundamentalmente el amor entre los semejantes, a fin de que den esperanza para el porvenir. Y es que podemos tener las mejores instalaciones de salud, el suficiente dinero para tener una buena calidad de vida, pero como los mismos ancianos y ancianas nos ha mencionado:

Hay cosas que no se puedan resolver con dinero, como la soledad, la felicidad, la tristeza.

(Juana, 69 años, Emiliano Zapata, centro de Veracruz)

Es por ello que necesitamos abrir espacios y proporcionar medios de sensibilización y concientización en proyectos que confronten a los modelos dados, esquemas culturales y horizontes de pensamiento que nos lleven a examinar la condición humana en perpetua redefinición.

Para mí, ser feliz es construir tu día a día con los que están a tu lado, es saber que Dios va contigo a cada instante, es dibujar y sentir la paz y la armonía en medio de las tristezas, el dolor, las presiones económicas, es olvidar el trajín cotidiano, es dar lo que tú tienes al que te pide ayuda.

(Jesús, 84 años, Emiliano Zapata, centro de Veracruz)

Necesitamos en este proceso innovar y adoptar nuevas categorías, develar las condiciones históricas, epistemológicas, económicas, políticas, sociales y culturales bajo las cuales se han desarrollado la vejez y el envejecimiento y examinarlas con una mirada crítica, desnaturalizando las verdades absolutas que se han construido y que, la mayoría de las veces, nos llegan de otros países, convirtiéndonos en simples repetidores y consumidores de esos saberes, sin llegar a ser productores de nuestro propio conocimiento.

Este proceso implica adoptar e innovar nuevas categorías en relación con el envejecimiento y la vejez, pensar en lo que implica vivir más de 80 años, en las necesidades a largo plazo que un individuo requiere, y no me refiero exclusivamente a las de salud y a los apoyos económicos, sino básicamente al apoyo en redes sociales, en patrones culturales, de comportamiento, cuidados, que nos enseñen a envejecer con plenitud.

Será necesario que seamos constructores de esas interfaces entre la investigación, las instituciones y los añosos y proyectar acciones que nos alejen del miedo, la pobreza y la enfermedad social, así como abrir la mente a las alternativas de bienestar y desarrollo, y pensar en las perspectivas

transdisciplinarias comprometidas con la realidad y el futuro que siente las bases de una cultura para una vida plena y feliz. Ahora, pregúntese cada uno: ¿es factible desde su propia trinchera lograr una cultura de la vejez plena y feliz? ¿Tienen algo que decir la antropología, la sociología, el trabajo social, la geografía, el derecho, la historia, la pedagogía, la psicología, la arquitectura, la medicina, la enfermería, la geriatría, la gerontología, entre otras disciplinas que tienen que ver con el cuidado y atención de la vejez y el envejecimiento? Y si tienen algo que decir al respecto, ¿cómo decirlo en relación con contextos tan cambiantes, de crisis de paradigmas, procesos de globalización, etcétera?

Dentro de los modelos biomédico y demográfico pareciera que ya no se plantea descubrir nada nuevo y solo nos resta esperar el futuro apocalíptico y, mientras, tratar de buscar la forma de prevenir, mitigar daños mayúsculos, o bien, en último análisis, ver la forma cómo se acomodan los ancianos y ancianas en un futuro del cual no tenemos escapatoria.

Al proponer la cultura de la vejez plena y feliz, lo que hago es abrir esos esquemas cerrados y estar dispuesto a percibir el movimiento de los sectores envejecidos, y a todo lo que nunca hemos conocido de ellos y que solo vamos a ir conociendo paulatinamente.

Que mi propuesta sea una utopía es posible, pero en ella quiero darle un lugar central al ejercicio de la duda como motor fundamental para cualquier desarrollo del conocimiento.

Estoy consciente de que la tarea es difícil, pero inevitable. No estamos partiendo de cero. Los antropólogos mexicanos, aunque pocos, hemos logrado abonar y abrir el debate en varias temáticas, por ejemplo, sobre las representaciones de la vejez y el envejecimiento en nuestras sociedades, tanto en contextos urbanos, como en rurales e indígenas. Los trabajos de Ingrid Rosenblueth (1985), María del Rocío Enríquez Rosas (2008b), Leticia Robles Silva (2001, 2006), Felipe R. Vázquez Palacios (2001, 2011, 2012b); Laureano Reyes Gómez (1999, 2002, 2011), son una muestra de ello. Se han hecho aportes centrales en la construcción sociocultural y procesos de inclusión y exclusión social de los adultos mayores (Enríquez, M., 2008a; Reyes, L., 2007); así como también en el estudio de las relaciones de género e intergeneracionales (Guzmán, M., 2004; Vázquez, F., 2012b, 2013a). Asimismo, en el desarrollo social y estudios sociodemográficos donde se ha analizado la marginación, la discapacidad, la pobreza en que viven los sectores envejecidos en diferentes contextos (Villasana, S., 2009; Reyes, L., 2013; Ronzón, Z., 2011; Enríquez, M., 2011; Vázquez, F., 2012a). En lo que significa el cuidado y la atención y el bienestar en la vejez (Robles, L., 2001; Amezcua, E., 2012). Se ha incursionado también en el papel que juegan la religión y el imaginario de la muerte en la vejez (Vázquez, F., 2012b, 2013a) y en el impacto

de la variabilidad climática en este segmento (Vázquez, F., 2013b); sin faltar la seguridad social y los derechos humanos (Ronzone, Z., 2013).

Existen, pues, diversos trabajos en tesis de licenciatura maestría y doctorado abordando temas que van desde la salud a lo social, y de lo económico a lo político, que nos brindan además valiosas etnografías y trayectorias de vejeces en contextos indígenas, rurales y urbanos, comprendiendo cómo las edades están asociadas con los roles y cómo estos van cambiando a medida que cambia la comprensión del sujeto que envejece, contrarrestando y destruyendo los mitos y los prejuicios que existen. Asimismo, en varios de estos trabajos se explica el enigma según el cual al “modelo médico” le cuesta mucho trabajo enfrentar la cuestión acerca del lugar que deben tener los problemas macroestructurales implicados en la etiología de las enfermedades y lo referente a la globalización, modernización y sus implicaciones en la salud humana.

En fin, dentro de la trinchera antropológica son sesenta años teorizando, o sea, nada en términos de tiempo para la investigación. Pero ahora: ¿a partir de aquí qué? ¿De allí hacia dónde?

Nuestros métodos y técnicas de investigación, según mi visión como antropólogo —el método etnográfico, la investigación participante, entre otros—, siguen siendo muy atractivos y perfectamente válidos, y desde donde podemos hacer participar a nuestros senectos, es decir, “desde adentro”.

Mas ¿hasta dónde podamos plantear un tipo de investigación participativa en este sentido?

No solamente en el sentido de que nosotros los involucramos como analistas sociales a nuestra investigación, sino más bien a la inversa.

¿En qué medida o con qué recursos y elementos podemos lograr que sean estos sectores envejecidos los que participen de la investigación, no solamente que reconozcan los resultados finales que elaboramos, sino que participen en el proceso de investigación, desde la fijación de qué es lo que hay que investigar, hasta intervenir en cómo se investiga?

Se trataría de reconocer nuestra ciencia como un instrumento que no está al servicio de nuestra rama del saber en la que fuimos formados —en mi caso, insisto, como antropólogo—, sino que nuestra ciencia es el vehículo que está al servicio de estos sectores envejecidos.

En este sentido, hay que preguntarse qué diálogo tiene nuestra ciencia —de nuevo, para mi caso, la antropología— con estos sectores

de la sociedad, cómo estamos hablando, cómo estamos comunicándonos con ellos, dónde publicamos, cómo publicamos. Obviamente no quiero negar la necesidad de un diálogo especializado, solo apunto que este diálogo es insuficiente si estamos pensando en un replanteamiento de la ciencia social frente a estos sectores envejecidos que hay que analizar y pensar con mayor cuidado.

Bibliografía

Bazo, María-Teresa, (1990). *La sociedad anciana*, Centro de Investigaciones Sociológicas, España, Siglo XXI Editores.

Boas, Franz, (1964). *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*, Solar, Buenos Aires

Cantón y Mena, R., (1998). “*No por viejo, sino por pobre*. Representaciones y prácticas en torno a las pérdidas materiales, sociales y de salud que se presentan durante el proceso de envejecimiento (caso de la Merced, D. F.)”. Tesis de maestría, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México,

Casique, Irene, (2011). “Factors of Women’s Empowerment and Protection from Violence”.

Disponible en:

<http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188->
(Consultado el 19 de abril de 2011.)

Caso, Antonio. (1976). *Obras Completas XIII volúmenes*, UNAM. México.

Córdoba, O., Francisco R., (1975). “Ciclo de vida y cambio social entre los zoques de Ocoatepec y Chapultenango, Chiapas”, en *Los zoques de Chiapas*, Instituto Nacional Indigenista, pp.187-217. México.

Caruso, Igor, (1996). *La separación de los amantes*, España, Siglo XXI Editores.

Crespo, E., (2015). “Desde el Aprendizaje y Servicio; una Experiencia de Sociedad para Todas las Edades: Proyecto Hogar Quevedo en la ciudad de La Paz – Bolivia”, *Latin American Research Network on Ageing*, LARNA Newsletter. Issue Number 3, 2014, Spanish version, pp 10-11. México.

De Sousa Santos, Boaventura, (2012). “La pedagogía de la felicidad en una educación para la vida”, ponencia presentada en Guatemala en el congreso Jornadas pedagógicas: diversidad, innovación institucional y descolonización del pensamiento, 19 al 26 de agosto. México.

Diario de Jalapa, (2013). 8 de agosto. México.

Durán Muñoz, Rafael, (2011). “Envejecer y empoderar una propuesta analítica”, *Revista Española de Geriátría y Gerontología*, vol. 42, (5), septiembre, pp. 293-301. España

Enríquez Rosas, María del Rocío, (2008a). *El crisol de la pobreza: mujeres, subjetividades, emociones y redes sociales*, Guadalajara, ITESO. México.

Enríquez Rosas, María del Rocío, (2008b). "La construcción social del cuidado en la vejez y pobreza urbana: Reflexiones y desafíos" en *Los rostros de la pobreza: el debate*, t. V, Guadalajara, ITESO; México, Universidad Iberoamericana. México.

Enríquez Rosas, María del Rocío, (2008c). "Envejecimiento, arreglos familiares y vulnerabilidad en la zona metropolitana de Guadalajara", *Contexturas*, núm. 26, abril-julio, pp. 20-27. México.

Enríquez Rosas, María del Rocío, (2011), "Subjetividades, emociones sociales y exclusión social urbana en Adultos Mayores en la ZMG", en Iván Patiño, David Martínez y Enrique Valencia (coords.), *La necesaria reconfiguración de la Política Social de México*, Universidad de Guadalajara/CKA, IBERO León.

Fericgla, Josep Ma., (1992). *Una antropología de la ancianidad*, España, Anthropos.

Frazer, James George, (1890). *La rama dorada: magia y religión*, México, Fondo de Cultura Económica. México.

Gutiérrez, R. y E. Caro, (2013). "Demografía y envejecimiento".
Disponibile en:
<http://estepais.com/site/?p=48137#sthash.KYZEAcss.F09OX1Dz.dpuf>.
(Consultado el 19 de febrero.)

Guzmán Velásquez, María Catalina, (2004). "Representaciones sociales en las continuidades y discontinuidades de los roles de las personas mayores en una localidad rural de Veracruz", Tesis de maestría en Antropología Social, *Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Occidente-Sureste, San Cristóbal de las Casas*, Chiapas. México.

Instituto Nacional de Salud Pública, (2012). *Encuesta Nacional de Nutrición y Salud 2012*. México.

Jacorzynski, Witold, (2004). *Crepúsculo de los ídolos en la Antropología Social: más allá de Malinowski y los posmodernistas*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Miguel Ángel Porrúa.

Lombardo, Rosa, (1944). *La mujer Tzeltal*, Universidad de California.

Morgan, Lewis Henry, (1877). *La sociedad primitiva*, Madrid, Pluma.

Ortiz Pedraza, José Francisco, (1995). *Envejecimiento: ¿Programa genético o desgaste?*, México, Instituto Nacional de Antropología.

Reyes Gómez, Laureano, (1999). La vejez indígena. El caso de los zoques del noroeste chiapaneco, en: *Papeles de población*, Vol. 5, Núm. 19. Universidad Autónoma del Estado de México, pp. 173-197. México.

Reyes Gómez, Laureano, (2002). *Envejecer en Chiapas*. Etnogerontología zoque, Universidad Nacional Autónoma de México.

Reyes Gómez, Laureano y Villasana Benítez, Susana, (2011). "Vejez en edad extrema. Un estudio de etnogerontología social", *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, Vol. 6, Núm. 10, diciembre-mayo 2011, pp. 217- 249. UNAM. México.

Reyes Gómez, Laureano y Ruperta Bautista Vázquez, (2007). "Ancianos indígenas en situación de mendicidad en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas", *Anuario de Estudios Indígenas XII*, Instituto de Estudios Indígenas, Universidad Autónoma de Chiapas, pp. 163-179. México.

Reyes Gómez, Laureano y Ana Berónica Palacios Gámaz, Socorro Fonseca Córdoba, Susana Villasana Benítez. (2013). "La gerontocracia y el consejo de ancianos" *Península*. Vol.8 Núm.1 Mérida, ene./jun. Pp.7-24- México.

Robles Silva, Leticia, (2001). "El fenómeno de las cuidadoras: un efecto invisible del envejecimiento", *Estudios demográficos y urbanos*, núm. 48, Colegio de México, pp. 561-584. México.

Robles Silva, Leticia, (2006). "La vejez: Nuevos actores, relaciones sociales y demandas políticas", *Relaciones*, núm. 105, vol. XXVII., pp. 140-175. México.

Ronzón, Z., (2011). "La percepción subjetiva de la vejez en la vida cotidiana. Una visión antropológica", en Bernardino Jaciel Montoya Arce y Hugo Montes de Oca Vargas (comps.), *Análisis Sociodemográfico del Envejecimiento en el estado de México*, *Papeles de Población*, Toluca, pp. 207-229. México.

Rosenblueth, Ingrid, (1985). "Patrones diferenciales envejecimiento, salud y enfermedad en diversos sectores urbanos", *Iztapalapa*, vol.1 (12), pp. 7-38. México

Ryff, Carol D., (1989). "Happiness is Everything, or Is it? Explorations on the Meaning of Psychological Well-being", *Journal of Personality & Social Psychology*, 57(6), Departament of Psychology, U. Wisconsin, pp.1069-1081.

Schutz, Alfred y Thomas Luckman, (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*, Argentina, Amorroutu Editores.

San Román Espinoza, Teresa. (1989). *Vejez y cultura. Hacia los límites del sistema*. Fundación de Caja de Pensiones. España.

Thompson, P., C., Itzin y M. Abendstern, (1991). *I Don't Feel Old: The Experience of Later Life*, Oxford/Nueva York, Oxford University Press.

Van Gennep, Arnold, (1986). *Los ritos de paso*, Madrid, Taurus.

Vargas Amezcua, Elías, (2012). *No es lo que uno quiere, es lo que le toca, el proceso de cuidados familiares prolongados a los adultos mayores con discapacidad*, tesis de Maestría en antropología social en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social-Distrito Federal, México

Vázquez Palacios, Felipe R., (1999). "Cultura de la ancianidad y de la muerte en México. Una Invitación al tema", *Papeles de Población*, Nueva época, año 5 (9), pp.65-75. México.

Vázquez Palacios, Felipe R., (2001). *Contando nuestros días: Un estudio de antropología de la vejez*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. México.

Vázquez Palacios, Felipe R., (2006). "Etnografía de una muerte anunciada", *Quehacer Científico*, Universidad Autónoma de Chiapas. México.

Vázquez Palacios, Felipe R., (2011). *Antropología del envejecimiento en las ruralidades veracruzanas*. El caso de los maiceros, cafecultores, cañeros y citrícolas, Editorial académica española/Editorial LAP LAMBER, Alemania.

Vázquez Palacios, Felipe R., (2012a). "La vejez como una realidad etnográfica propia", *Anuario de Estudios Indígenas*, XVI, Universidad Autónoma de Chiapas/Instituto de Estudios Indígenas, pp.103-124. México.

Vázquez Palacios, Felipe R., (2012b). "El imaginario de los adultos mayores sobre la vida después de la muerte", *Kairós*, 15(4), Finitude/Morte & Velhice, Sao Pablo, Brasil, pp. 23-35. Disponible en:
<http://revistas.pucsp.br/index.php/kairos/issue/view/1120/showToc>

Vázquez Palacios, Felipe R., (2013a). "Formas de creer y practicar lo religioso entre ancianos y ancianas", en Gina Villagómez Valdés y Ligia Vera Gamboa (coords.), *Vejez. Una perspectiva sociocultural*, Universidad Autónoma de Yucatán/Universidad Autónoma de Campeche, pp. 63-78. México.

Vázquez Palacios, Felipe R., (2013b). "Envejeciendo en las tradicionales y nuevas ruralidades", *Intersticios. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, año, 3, núm. 5, Colegio de Jalisco. México. Disponible en: <http://www.intersticiosociales.com/04/03/13pp.1-29>

Vázquez Palacios, Felipe R., Rodrigo Tovar Cabañas y Shany A. Vázquez Espinosa, (2013). "La percepción del cambio climático que infecciones respiratorias agudas en adultos mayores, algunos casos veracruzanos", *Sociedad y Ambiente*, vol.1:2, marzo-junio, Colegio de la Frontera Sur, pp. 75-97. México.

Villasana, Susana y Laureano Reyes Gómez, (2009). "Diagnóstico socioeconómico de los adultos mayores indígenas". Disponible en: http://www.cdi.gob.mx/adultos_mayores/diagnostico_adultos_mayores_indigenas.pdf (Consultado el 4 de septiembre de 2014,)

Tylor, Edward Burnett, (1871). *Primitive Culture*, University Michigan, vol. II, Londres.

Wolf, Eric R., (1984). "Culture, Panacea or Problem?", *American Antiquity*, núm. 49, pp. 393-400.